

EL REGALO DE CARMEN MARTÍN GAITE

Sílvia CORTÉS XARRIÉ

El propósito de estas notas es explicar cómo aconteció una entrevista de apenas diez minutos con Carmen Martín Gaite. Lo que tiene de excepcional es que fue la segunda y última que concedió para televisión. La primera, la hizo con el prestigioso presentador Joaquín Soler Serrano en su célebre programa de entrevistas *A fondo*, por donde pasaron los mejores escritores del siglo XX, de Borges a Cortázar, de Marguerite Duras a Milan Kundera. La segunda y última, fue la mía. Yo ignoraba totalmente este dato. De hecho, lo supe al poco de morir ella. No podía ni imaginarlo. Yo solo era una chica de veintiséis años que trabajaba para la televisión local de Barcelona.

Estas notas narran lo que sucedió antes, durante y después de la entrevista según lo viví yo. Haré uso y mención de documentos míos de trabajo relacionados con esta entrevista y que aún conservo. Son variados y de distinta índole, algunos incluso personales. La idea es que aporten un aire documental. Por último, irán apareciendo de manera alterna todas las declaraciones que hizo Carmen Martín Gaite en la entrevista. Algunas irán hilvanadas a la narración y otras aparecerán de manera más libre.

La génesis de esta entrevista, el destilado de lo esencial, aquello que la hizo posible, es la generosidad. Fue un regalo y, como tal, fue un acto generoso. Además, fue espontáneo, cosa que lo hace más auténtico. Para mí, en ese acto, Carmen Martín Gaite manifestó su talante.

Yo el libro se lo regalo a los demás, os lo regalo a vosotros. Y en cambio, cuando lo estoy escribiendo, es solo mío. Es como si lo hubiera perdido cuando lo termino.

Parece que la generosidad marca también la relación de la escritora con sus lectores. No es muy descabellado pensar, entonces, que se manifieste en su obra tomando diversas formas. Lanzo el anzuelo de esta tesis por si alguien se anima a investigar cuáles.

La entrevista fue el 19 de octubre de 1999, en un cuarto anexo al auditorio del Centre Cultural de la Fundació La Caixa de Barcelona, un lugar pequeño y sin encanto, donde estuvimos apenas quince minutos. Sucedió al borde del cambio de siglo y de milenio. Pasaron muchas cosas, entonces. Todo lo que rodea esta entrevista es una de las más bellas y llenas de sorpresas que viví.

La prehistoria (1992-1999)

Toda historia tiene una prehistoria, un antecedente necesario. La de esta entrevista empieza siete años antes, con otro regalo. En 1992 invité a un grupo de compañeros de la Universidad Autónoma a pasar el fin de año en Cambrils, el pueblo natal de mi bisabuela situado en la costa de Tarragona. Había filósofos, historiadores y filólogos. Mónica me regaló *Nubosidad variable* cuando pasaban cinco minutos de la medianoche. Así llegó el primer libro de Carmen Martín Gaite a mis manos, mientras en el Meridiano de Greenwich estallaban las celebraciones y los besos. Y así fue como me *engaitié*.

Leyendo años después las *Lecciones americanas (seis propuestas para el próximo milenio)* de Italo Calvino, tuve la sensación de que el señor Calvino estaba también «engaitado» y que me desvelaba los mecanismos hechizantes de la escritura de Martín Gaite. A Mónica

le dio por copiar a mano párrafos enteros de sus novelas, ni ella sabía por qué. Yo fui más allá y me dio por construir un mito según la imagen mental de mis aspiraciones; no solo quería escribir como Martín Gaite, quería ser como ella. Yo era entonces una mujer en construcción y tenía esa sed de espejo que va más allá de lo racional. Tenía el convencimiento de que si yo disfrutaba tanto leyendo sus novelas, era porque habían sido escritas desde el goce. A Martín Gaite me la imaginaba siempre disfrutando mientras escribía.

A mí lo que me gusta es escribir. Ser escritora no es que no me guste, pero no quiero confundir el placer que siento al estar escribiendo con el que puedo sentir cuando veo un libro ya en el escaparate.

Mónica me acusaba de mitómana (tenía razón) y me provocaba con el argumento de que en la literatura importaban las obras, pero yo le decía que a mí me gustaban más los libros de los autores que creía buenas personas. Me preguntó si dejaría de leer a Martín Gaite si descubriera que es una estúpida. Le contesté que era imposible que fuera una estúpida y Mónica hizo una mueca razonable. Pero cuando el tiempo me dio la razón, Mónica se alegró tanto o más que yo.

Al principio, de Carmen Martín Gaite solo leía sus novelas, pero en octubre de 1999 me dediqué en cuerpo y alma al resto de su obra. Me zambullí en sus ensayos, cuentos, poemas y artículos, subrayando y anotando en los márgenes de las páginas.

Yo un lapicero para subrayar los libros que me gustan siempre lo tengo. Y a veces tengo que contenerme para poner... así que, si otros lo hacen conmigo, pues desde aquí se lo agradezco muchísimo, porque comprendo esa pasión.

No fue por mitomanía, fue por trabajo. Leí a la Gaite ensayista y me *engaité* de nuevo. Redescubrí un espejo lleno de mujeres ventaneras, mujeres noveleras, mujeres habladoras, ríos revueltos e hilos de los que tirar. Una declaración suya en *El País* me atravesó: «la literatura nos salva la vida». Con esta sencillez me explicó Martín Gaite que la sed de espejo y el motor de la escritura

son puros mecanismos de autoconstrucción y supervivencia, y que la pasión por la escritura es algo que te toca y te elige: Martín Gaite no decidió ser escritora, la literatura la eligió a ella.

Desde muy pequeña quería... no es que quisiera ser escritora, es que me apasionaba inventar cosas, jugar con las palabras. Y a pesar de que he tenido muchas pasiones, el teatro me hubiera gustado también y me hubiera podido gustar alguna otra cosa, como dibujar... Pero ninguna me cogió con tanta fuerza. Por lo tanto, no he tenido que elegir, ella me eligió a mí, digamos.

La historia (1999-2000)

En el año 1999, la televisión local de Barcelona vivía una época de modernización radical (y experimental) bajo la dirección de Manuel Huerga. Sus propuestas fueron tan dispares como cambiar la carta de ajuste por una pecera en directo o eliminar los platós a favor de las calles. «Salid y contad lo que pasa». Bajo este lema, un ejército de veinteañeros recorriamos la ciudad armados con una minicámaras, un micrófono y un trípode para tomarle el pulso a la cultura de Barcelona, a la oficial y a la *underground*. Por aquel entonces no estaba de moda el feminismo, pero a mí me interesaban las mujeres creadoras, las voces femeninas. Yo misma acababa de emprender un camino marcadamente masculino en el que los referentes de realizadoras y directoras audiovisuales eran prácticamente nulos. Supongo que por esto me dediqué a las escritoras. Hacía piezas de cinco minutos donde exploraba su relación con Barcelona. En la colección estaban Peri Rossi, Marta Pessarrodona, Maruja Torres, Carme Riera, Montserrat Roig, Mercè Rodoreda, Ana María Matute y Lola Anglada entre otras. Me pasaba horas en la biblioteca de l'Institut Català de la Dona, leyendo y escribiendo notas en mis libretas de documentación.

Más que luchar es buscar el hueco. Es decir, yo no digo que haya que luchar haciendo mucho ruido, sino buscar verdaderamente algo, una salida. A mí no me gusta hablar de mi caso personal, porque me parece una pedantería. Tuve suerte, esta es la verdad, unos padres comprensivos y tuve muchos amigos... Hice una carrera

en unos años en que la mujer no la hacía, pero siempre porque en mi casa les gustó y todo eso.

Un día me enteré de que Carmen Martín Gaite venía a Barcelona a presentar la versión sonora de su libro de poemas *A rachas*. Me embargó el entusiasmo y llamé a la editorial para pedir una entrevista, pero pasó algo extraño. La cuestión es que llamé muchas veces y la encargada de prensa siempre me daba la misma respuesta: «aún no he podido hablar con Carmen». Yo no sabía qué pasaba, pero no dejé de insistir. El día antes de la presentación, la respuesta fue la misma, aunque esta vez añadió «pero tú ven». Y fui. Llegué treinta minutos antes del inicio de la presentación, como se me indicó, con mi mini equipo de filmación y muerta de nervios y de ganas. La encargada de prensa tomó aire al verme y me lo soltó: «Aún no se lo he dicho. ¿Sabes qué pasa? A Carmen no le gustan mucho las entrevistas para televisión». El mundo se me vino encima. Pero ella siguió: «Ahora está con una periodista de la radio. Cuando termine, si quieres entras y le preguntas tú misma. ¿Te parece?» Ahí me temblaron las piernas. No tenía ningún sentido decir que no y dije «vale». En cinco minutos la periodista salió del cuarto, la encargada de prensa me dijo «adelante» y entré.

A mí me gusta contar. Incluso en mis poemas, que ahora han salido en un cedé recitados por mí. Ayer en Tarragona estuvimos hablando de ese cedé. Vamos, como una presentación. Es un recital de mis poemas que están en Hiperión. Mis seguidores ya lo conocen. Es un libro que se llama *A rachas* o *Después de todo*, también. Muchos, los mejores, son narrativos. Tienen un ambiente donde se está viendo una plaza o se está viendo un viaje. Yo, para mí, necesito contar algo visual, que se vea lo que cuento.

La entrevista (octubre-diciembre de 1999)

Carmen estaba sentada al otro lado de una mesa con una boina y una sonrisa, como en las fotos de las solapas de sus libros. Le conté que trabajaba en la televisión de Barcelona, le enseñé la

cámara y le expliqué que era tan pequeña que le llamábamos Tamagotchi. Ella sabía perfectamente que me refería a esos aparatos electrónicos tan de moda en los noventa, que tenían una mascota pixelada dentro de una pantallita del tamaño de un huevo. Le propuse trincar la cámara en el trípode y dejarla detrás, en un rincón, así podíamos charlar las dos y olvidarnos de que existía. Ella me escuchaba con atención. Hizo una pausa, no sé cuánto duró, pero fue larga, y al final puso una condición: «¿me puedo pintar los labios?» Me salió una sonrisa y contesté «por supuesto», y ella dijo «entonces, vale», y sonreímos las dos a la vez. Sacó del bolso una barra de labios y un espejito y se pintó los labios de carmín. Observé el momento, fascinada, luego monté la cámara en un rincón, como le había prometido, la encuadré a ella, me senté y saqué mi papel de preguntas. La entrevista duró unos diez minutos, no había más tiempo. Pero hubo tiempo de hablar, por ejemplo, del origen de sus novelas.

Antes del siglo XIX se escribía más en plan gestas o acontecimientos más ajenos al personaje. Pero la novela posterior, la novela desde el siglo XIX, siempre tiene orígenes en cosas que se sintieron en la infancia. Vamos a poner el paradigma de *Madame Bovary*, una de las novelas más grandes del siglo XIX. Bueno, pues, si ella de niña, Madame Bovary, Emma, no hubiera tenido aquella insatisfacción que sintió en su casa y aquel deseo de salir de un sitio de provincias y conocer otro mundo, su historia no... y remite a la infancia, cuenta cómo era ella de niña. Casi todas las novelas tienen algún recuerdo de infancia, aunque no sean personales. Porque, bueno, Flaubert dijo «Madame Bovary soy yo», pero evidentemente creó un personaje.

Salí del cuarto con un tesoro de confesiones y flotando de felicidad. La encargada de prensa me preguntó: «¿ha ido bien?» y le contesté «¡muchol!». Luego, grabé fragmentos de la presentación y otros recursos para montar la pieza. Carmen leyó algunos poemas, pero yo solo grabé uno. Fue, precisamente, *No te mueras todavía*.

Empecé escribiendo poemas, muy peque, muy joven. Vamos, que merezca la pena de recordarse. Algo

que merezca la pena de recordarse, fue una colaboración en la revista universitaria salmantina *Trabajos y Días*. Tendría yo 17 años. Un poema... o varios.

Las mudanzas son la prueba del algodón de lo que cada uno considera sus tesoros, porque solo los tesoros las sobreviven una y otra vez. Tengo unos cuantos tesoros relacionados con esta entrevista. Este es el caso de la caja de libretas de visionados que pesa como un muerto, que ha sobrevivido a tres mudanzas y que ayer bajé del altillo. Recordemos que la entrevista tuvo lugar en la era analógica, cuando los procesos de trabajo eran manuales. Había un cuarto de visionado en la tele donde revisábamos las cintas de grabación, allí transcribía los fragmentos más interesantes de las entrevistas en una libreta y luego escogía las imágenes y los recursos más narrativos que había filmado, anotando el código de tiempo. Con estas selecciones hilvanaba el guión y después editaba la pieza en la sala de montaje. En esa ocasión grabé imágenes una vez terminada la presentación. Eran imágenes de Carmen charlando con personas de los asistentes a la presentación, tomadas de lejos. Carmen era inconfundible con su boina, su pelo blanco ondulado y los labios pintados de carmín. Me gustó esa imagen de Carmen habladora y sonriente y me recreé un rato filmando.

Me preocupaba comunicar mis fantasías, de niña. Recuerdo que cuando inventaba una historia o había visto algo de determinada manera, quería comunicarlo. Quería explicar a los demás cómo lo había visto yo. No era una persona avasalladora y he seguido no siéndolo. Pero, cuando había un hueco, se callaban, yo quería meter esa baza de decirle cómo lo había visto yo. La necesidad de intervenir.

Como anécdota, explicaré que en este momento del visionado de la cinta de recursos de Martín Gaite tuve un espejismo: me vi a mí misma charlando con ella después de la presentación, pero era imposible que fuera yo. En primer lugar, porque no hablé con ella después y, en segundo lugar, porque yo estaba grabando.

Entre los tesoros supervivientes relacionados con Carmen Martín Gaite, está la copia de seguridad de mi primer ordenador

planchada en un cedé. Allí conservo una carpeta llamada CMG con muchos archivos. Entre ellos, una carta que le escribí a Martín Gaite, donde le anunciaba que le mandaba una copia de la pieza en una cinta VHS y le agradecía la entrevista. Era del 8 de diciembre de 1999. No recuerdo si llegué a mandársela, pero sí que yo me sentía muy feliz, y eso que todavía no sabía la dimensión real del regalo que me había hecho. Edité una pieza de cinco minutos que se emitió en diciembre de 1999. Recuerdo que gustó mucho y que se re-emitió muchas veces durante varios días.

El homenaje (julio-octubre del 2000)

Siete meses después moría Carmen Martín Gaite. Dentro de esa carpeta digital titulada CMG hay un relato de cómo me enteré de la noticia el 23 de julio del año 2000. Dice así:

El día que murió Carmen Martín Gaite me encontraba disfrutando de un fin de semana con unos amigos en una casa de campo. Las labores domésticas que tanto odio en la ciudad se convierten, en el tiempo dilatado del campo, en fascinantes tareas de relleno. Me ofrecí para cocinar una tortilla de patatas para la cena, mientras una apasionada partida de dominó mantenía en vilo a mis compañeros en el comedor. Sus comentarios se fundían con el ronroneo del noticario radiofónico que habían sintonizado y escuché el nombre de Martín Gaite: «seguro que le han dado un premio», pensé ilusionada. Pesqué con la espumadera las últimas patatas ya cocidas que parecían compartir mi alegría crepitando en el aceite hirviendo y salí corriendo para escuchar la noticia. En el trayecto hacia el comedor percibí el tono grave de la noticia. Carmen había muerto mes y medio después del fatal diagnóstico de un cáncer, cuya noticia no había trascendido más allá de los círculos íntimos de la escritora. Me paralicé, noté un silencio en mitad de la partida y que mis compañeros me observaban extrañados. Me preguntaron si la conocía. Contesté que la admiraba y que la había entrevistado recientemente. Y entonces sentí una imperiosa necesidad de hacerle un homenaje.

Conservo el documento de la propuesta formal que trasladé a mi jefe de la televisión días después. Es la siguiente:

Propuesta para la elaboración de una pieza documental en homenaje a Carmen Martín Gaite. La idea es aprovechar el material de la entrevista que grabé con la escritora el pasado 19 de octubre en el Centro Cultural de la Fundación La Caixa, donde Martín Gaite habló de su literatura (su concepto, sus inicios, su trayectoria), así como las diversas imágenes que tomé de la escritora con sus lectores y amigos, y un poema leído por la propia autora. La idea es enlazar este material con entrevistas a Montse Balada (amiga personal), Jorge Herralde (editor) y Emma Martinell (especialista literaria y biógrafa de Martín Gaite) para hablar de su obra y su persona. Dirección: Sílvia Cortés. Duración 30 minutos. Planning de rodaje: 4 días.

Enseguida me dio luz verde y en septiembre del año 2000 empecé a preparar el homenaje. Lo primero fue rescatar las cintas originales de cámara con todas las declaraciones y los recursos de Carmen Martín Gaite. Gracias a mi mitomanía no las había reutilizado como hacíamos habitualmente una vez cerradas y emitidas las piezas. Por suerte, guardé esas cintas como oro en paño. Lo primero que hice fue transcribir toda la entrevista de arriba a abajo. Luego, preparé un cuestionario para Emma Martinell y otro para Jorge Herralde como marco testimonial y finalmente empecé a escribir un hilo conductor epistolar, que era una especie de homenaje a *Nubosidad variable*, donde le escribía una carta a Mónica. Con este recurso narrativo quería enmarcar la pieza en un tono y una mirada personal que abría la pieza de la siguiente manera:

24 de julio de 2000. Querida Mónica, ayer murió la Gaite. Estoy triste y pienso en ti. Todos aquellos momentos que su literatura nos hizo compartir vuelven agolpados a mi memoria. Necesito contar contigo para ordenarlos y contarlos bien, tú siempre has sido para estas cosas una interlocutora excepcional. He revuelto mi biblioteca de arriba a abajo en busca de los libros de Carmen y he recuperado los artículos y las noticias que hemos intercambiado sobre ella durante años como un juego. Lo he

reunido todo con la intención de tenerlo cerca mientras te escribo, pero no he podido evitar *engaijarme* durante horas entre sus líneas. Me seduce tirar del hilo de la memoria sentimental y reconstruir a nuestra Gaite desde cero, enredarnos en el recuerdo para atraparla a cachitos y a su manera. No importa si no logramos contárnosla del todo. Siempre podremos hallar en sus libros lo que quede suspendido.

El regalo de Carmen Martín Gaite

He encontrado los cuestionarios que preparé para las entrevistas de Jorge Herralde y Emma Martinell. Recuerdo mucho la entrevista con Emma en la universidad de Barcelona. La grabamos en uno de los pasillos del claustro, con un fondo de piedra y azulejos precioso. Allí, sentadas en un banco, Emma me preguntó si tenía realmente una entrevista grabada de Carmen Martín Gaite y dije «sí». Ella se echó hacia adelante y me preguntó «¿Pero tú sabes lo que tienes?». Acto seguido me contó que solo había una entrevista con Soler Serrano anterior a la mía. Me quedé en shock. Pasé por la negación, «no puede ser», después por las preguntas «¿por qué yo? ¿por qué no me lo dijo?», y finalmente sentí una presión enorme «tengo un tesoro y tiene que lucir». El shock me duró mucho tiempo. Durante todo el proceso de creación del homenaje sentía alegría y orgullo de ese tesoro, Martín Gaite me lo había regalado personalmente en un acto de generosidad sorprendente, pero también sentía una gran presión por estar a la altura, por utilizar ese tesoro como merecía Martín Gaite.

Los recursos que tenía para la producción eran muy escasos y tiré de imaginación, pasión por mi oficio y amor por Martín Gaite para crear una pieza de homenaje. Se emitió un año después de nuestra entrevista y fue nominada, según me dijeron, a los premios Ciutat de Barcelona de ese mismo año.

Dentro de todo, es la pasión... Depende de las ganas que tengas o no tengas. Y eso sí que es un don que tendremos que agradecérselo a los Dioses o al destino. Las ganas de saber que yo quería un huequito para estar

sola desde pequeña. Aunque he sido comunicativa, un ratito para estar sola en un sitio propicio, lo buscaba. No hace falta que sea una habitación llena de pósteres A lo mejor es un rinconcito, un hueco de una roca pequeña, donde sea. Este aislamiento. Por ejemplo, en la novela de Brontë que acabo ahora de traducir, es bien conocida Jane Eyre, que he traducido para Alba Literaria, es la historia de una mujer rebelde. Es una mujer del siglo XIX. Y las hermanas Brontë, las tres, vivieron en una familia muy aislada, buscaban todas un hueco. Sin ser exactamente la habitación propia. La habitación es más todavía. Pero más que la habitación es el espacio donde te acolchas y que no te puedan llamar. Por ejemplo, un teléfono móvil no lo tendría nunca. Hay ratos que necesito que nadie me pueda localizar. Eso es lo que te quiero decir.

Desde Roma, con pasión

Termino estas notas en Roma con Mónica, donde hemos venido a pasar unos días buscando nuestro hueco. Hace un rato hemos puesto los móviles en silencio y acabamos de visionar el *Homenaje a Carmen Martín Gaite*. Para Mónica ha sido la primera vez, yo hacía 25 años que no lo veía. Al principio he sentido un poco de vergüenza por los defectos de forma y algunos recursos narrativos un poco obvios, pero luego me han emocionado el cariño, la imaginación y el empeño que puse en el trabajo. Y sobre todo, me ha emocionado la pasión que se cuela por todos los rincones de este homenaje: la que compartimos Mónica y yo por Martín Gaite, la que Emma Martinell transmite cuando habla como experta, la que Carmen expresa por la escritura en la entrevista, la de mi empeño por hacer algo bonito y personal. La pasión es una suerte y un tesoro. Son los ojos brillantes de Mónica ante *La vocación* de Caravaggio en la Iglesia de San Luis de los Franceses, y es terminar de ver el homenaje juntas y disertar de nuevo sobre la Gaite, feminismo, escritura, sus libros y otras escritoras. Y que una cosa nos lleve a la otra, como hace veinticinco años, como si no hubiera pasado el tiempo.

Acabo de comprender que estar a la altura de su regalo no era lo más importante para hacerle un homenaje a Carmen Martín

Gaite. Lo que era importante era la pasión. Sospecho que igual Carmen Martín Gaite percibió la pasión y pensó que era un buen hueco.

Veinticinco años después, si pudiera oírme, le daría las gracias a Carmen Martín Gaite por el regalo que me hizo. Mi pasión por su obra y su persona sigue ahí, intacta.

Te voy a tener que dejar. Muchísimas gracias